

Al ritmo de las fieras

Durante el invierno pasado, mis hijos pelearon por la última raíz. El menor huyó herido, pero no advirtió la escarcha. Lo encontré congelado.

El mayor comió en silencio, con las manos ensangrentadas.

Habla poco, pero aún me sigue cuando huelo alguna presa.

Así vivimos ahora. Sobrevive quien mejor se adapta a las pérdidas. Lo que somos lo aprendimos de los animales. De los osos, a no mirar atrás; de los zorros, a ocultar el miedo; de los lobos, a irnos sin dejar rastro...

Desde la Gran Sequía, el clima desobedece a las estaciones. Sigue el capricho del daño que dejamos atrás. Probamos con máquinas y refugios, pero todo fue en vano.

A veces sueño con ellos: uno corre, el otro me mira como si ya fuera del bosque, no mi hijo. Esto que vivimos no es adaptación. Es volver al origen.

“Todo cambio implica pérdida”, decían los viejos, citando a Ovidio. Nuestros cuerpos debían dar paso a otras formas. Nuestra metamorfosis consiste en dejar de ser humanos para seguir siendo... ahora que entendimos que somos huéspedes del planeta, no sus dueños.

Es cierto que dejamos la civilidad, que dormimos bajo troncos, que sabemos del paso del tiempo por el olor de la corteza. Pero he visto temblar al arbusto que brotó donde enterré al menor. En la crudeza de nuestra renuncia algo permanece. No sé qué.

Digo “mi hijo”, refiriéndome al mayor, pero es más fácil pensarlo como una cría que aprendió a sobrevivir. Mi tarea está hecha.

Un día nos cruzaremos sin reconocernos. Me olerá. Medirá mi tamaño. Decidirá:
¿Amenaza o alimento?

Esa será nuestra forma de hablarnos.

Y si paso de largo, si no ataca, si no huyo, quizá ese instante sea lo más cercano que tengamos al recuerdo.

Y al amor.